

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Después de este breve ciclo de siete parábolas, que hemos escuchado durante tres domingos, se abre un período de cinco domingos, que están ocupados por lo que muchos exégetas consideran como el centro mismo del evangelio de Mateo: la fe en Jesús como fundamento del Nuevo Israel; no debemos olvidar que este evangelio está dirigido principalmente a los cristianos, que proceden del judaísmo.

Hoy leemos como evangelio el capítulo 14,13-21 de San Mateo (Jesús acoge y alimenta a la muchedumbre) Los evangelios ofrecen seis relatos de “ *multiplicación de panes*” Ponemos aquí los textos: Mt 14,13-21; 15,32-39; Mc 6, 30-44; 8,1-10; Lc 9, 10-17 y Jn 6, 1-13.

Mateo y Marcos nos cuentan dos multiplicaciones. Se trata sin duda de un duplicado seguramente muy antiguo, que presenta el mismo acontecimiento según dos tradiciones diferentes. La primera, más arcaica, de origen palestino, parece situar el suceso en la orilla occidental del lago y habla de doce canastos, cifra de las tribus de Israel y de los apóstoles. La segunda, que procedería de ambientes cristianos de origen pagano, sitúa el acontecimiento en la orilla oriental, pagana, del lago, y habla de siete espuelas, cifra de las naciones de Canaán y de los diáconos helenistas.

Podemos deducir dos ideas de esta narración: la primera es la formación de un pueblo nuevo, de una comunidad nueva, que acepte al Señor; la segunda es cómo en Jesús se hace realidad los tiempos mesiánicos, cuyo alimento principal es el pan.

Ahondemos en la primera idea. No obstante el rechazo de Jesús en Nazaret (13, 53-58) y el fin trágico del Precursor (14,1-12), las gentes se agolpan en torno a Jesús. *Al desembarcar vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos.* Se congrega un nuevo pueblo, en el que probablemente no se encuentra ya mucha gente de Nazaret. En este relato San Mateo intenta mostrar ante todo que Cristo, aun rechazado por su pueblo, reúne con autoridad el nuevo pueblo de Dios.

La segunda idea: los tiempos mesiánicos, en donde no faltará nada. En esta narración oímos el eco del Antiguo Testamento y de las esperanzas mesiánicas. Los libros de los Reyes nos cuentan historias semejantes: el pan o la harina se multiplicó en tiempos del profeta Elías (1 Re 17, 9-16) y también en los de Eliseo, gracias a la palabra de Yahvé que dice: “ *comerán y sobrarán*” (2 Re 4,42) Leemos en el evangelio: *Como se hizo tarde... dadles vosotros de comer... Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos...*

Entre los bienes mesiánicos figuraba la esperanza de un pan milagroso que saciaría el hambre del pueblo como en tiempos de Moisés.

La multiplicación de los panes realizada por Jesús pretende poner de relieve que han llegado los días mesiánicos. El Mesías debía dar respuesta a todas las necesidades humanas. Una necesidad es la curación de la enfermedad; otra necesidad es dar de comer al hambriento. “*Tomando los cinco panes y los dos peces alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a sus discípulos; los discípulos se los dieron a la gente*”

El relato posee un tono litúrgico que recuerda en numerosos detalles la institución de la eucaristía: al *anochecer* (Mt 14,15= Mt 26,20); pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos (Mt 14,19= Mt 26,26)

El hecho de la multiplicación de los panes puede evocar tanto la comida judía familiar como la última cena de Jesús con sus discípulos y la celebración eucarística del siglo Primero.

La primera lectura de la Eucaristía, tomada del profeta Isaías: 55, 1-3, nos ayuda a seguir ahondando en la segunda idea: el Pan de los Tiempos Mesiánicos. Los primeros 11 versículos de este mismo capítulo se leen en la Vigilia Pascual. Aquí solamente los tres primeros. Forman parte de una Nueva Invitación a la celebración de la Alianza. El capítulo 55 es una especie de epílogo a todo el segundo Isaías (40-55). Es una invitación al pueblo para que tome parte en el banquete de la alegría. El profeta se presenta como un vendedor ambulante que ofrece productos de alimentación de primera necesidad y de gran calidad: *agua, trigo para preparar el pan, vino y leche*. Pero lo más llamativo es que todo lo ofrece absolutamente gratis.

Los productos que se ofrecen, evocan los dones divinos y son expresión de la gratuidad y del amor de Dios. *El agua es símbolo de la vida y del Espíritu Santo. El vino y la leche evocan el gozo, la bendición divina y la riqueza de la tierra prometida*. El trigo que se utilizará para hacer el pan, recuerda el antiguo maná que alimentó a Israel en el Desierto.

Dios sigue ofreciendo a su pueblo su amor y su vida, la renovación eterna de la antigua alianza davídica.

Todos están invitados a este banquete escatológico. La única condición es tener: “*sed de Dios*”. Reducir el sentido de esta profecía a la materialidad de sus imágenes o deshumanizarlas en una espiritualidad etérea serían dos equivocaciones a cual más perniciosas.

Jesús ofrece ambos alimentos; lo mismo que hará la Iglesia; pero siempre quedará trascendido el alimento material en pro de otro alimento, que no excluye el material, sino que lo incluye y supera.

El Evangelio en su segunda idea como la lectura primera de la Eucaristía se comprenden a la luz del significado del banquete. El banquete en la Biblia no es sino una imagen del amor de Dios. Así en los momentos más importantes de la historia, las relaciones humano-divinas se rubricaron con un banquete y un sacrificio. Tales fueron la salida de Egipto, la Alianza del Sinaí, el banquete de la Sabiduría, el Cantar de los Cantares entre Dios e Israel y tantos otros hasta llegar al banquete de la Nueva Alianza y al tan anhelado banquete escatológico. De aquí podemos comprender un poco por qué se narran seis multiplicaciones de los panes en los evangelios.

Ahora nos damos cuenta de la importancia de este oráculo del capítulo 55 de Isaías: “*Oíd sedientos todos, acudid por agua... Venid, comprad trigo... ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?* En Dios, en la Eucaristía encontraremos todo aquello que el hombre necesita. Solo de infinitud se alimenta totalmente el hombre. *Comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos... Sellaré con vosotros alianza perpetua. Seréis mi nuevo pueblo*.”

Repito: dos conceptos vertebran la liturgia del Evangelio: El Nuevo Pueblo, que se alimenta con un Pan especial. Muy bien el estribillo del salmo responsorial: “*Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores*”.

La segunda lectura es el famoso himno al amor de Dios del capítulo 8, 35-37.39 de la carta a los Romanos. Todo hombre que vive la esperanza: *el ya; pero todavía no* del Reino escatológico, debe cantar este himno, expresión de emoción, de amor y de plenitud.

